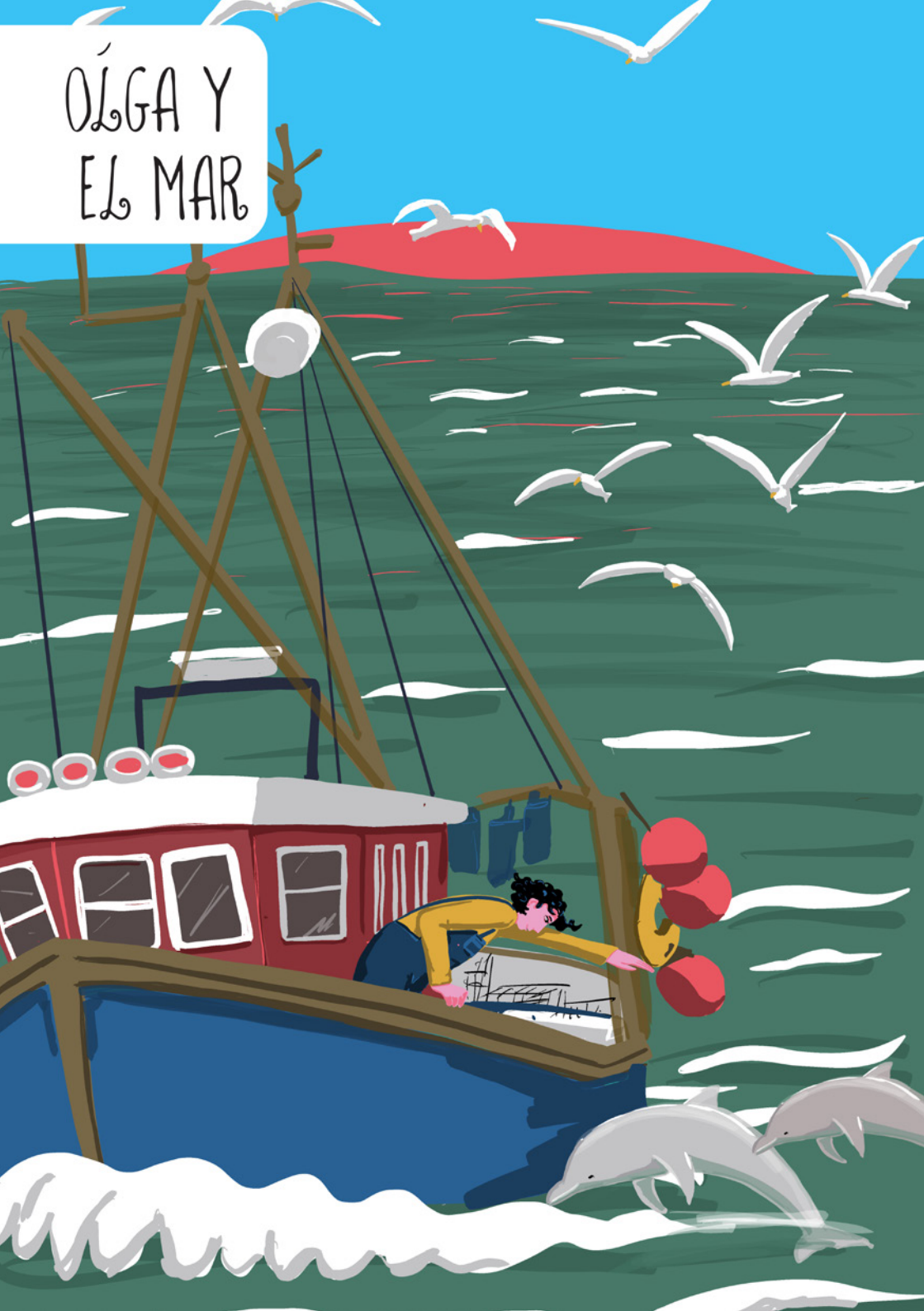


ÓLGA Y EL MAR



Proyecto de:



Perteneciente a:



Realización:

Autor: Rebeca Olcina

Ilustraciones: Azucena Fuentes

Maquetación y diseño: Ideah!

© Asociación DUAL Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni de sus ilustraciones, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

CUENTO 22

Era viernes por la noche, y mi padre me mandó a la cama porque al día siguiente quería que le acompañara a pescar. Como sabía que el mar me daba mucho miedo, se pasó por mi cuarto antes de que me durmiera.

- ¡Buenas noches, Olga! ¿Quieres que hablemos un rato?

Mientras mi cabeza giraba como un tío vivo, buscando una excusa para evadirme de la invitación, mi lengua siseo un pequeño "sí".

Él entró y se sentó en el borde de mi cama:

-Olga, quiero preguntarte algo y que me contestes



con sinceridad. Por favor, dime por qué no quieres venir conmigo a pescar.

Mi padre me miraba con cariño, para darme seguridad, y con la mano alzada, me animaba a que comenzara a hablar.

-Papa, a mí me da mucho miedo el mar. Es enorme, y seguro que dentro viven monstruos marinos que nos querrán devorar.

Mi padre no lo entendía, pero cuando tenía 5 años, me llevó a navegar hasta el mar adentro. El y su amigo estaban echando las redes, cuando yo me puse a jugar en la proa para no molestar. Entonces, una enorme gaviota se posó en el bordillo de la barandilla. Era tan bonita que me quise acercar para tocarla, y me subí a una caja que había al lado de una vieja ancla. Me puse de puntillas para acercarme, pero en ese momento echo a volar y mi caja se volcó, por lo que mi cuerpo suspendido, cayó al mar. Me zambullí en una oscuridad azul y no podía respirar. Movía mis brazos para alcanzar la superficie, pero me hundía todo el tiempo, hasta que mis pequeños pulmones empezaron a flaquear. En ese momento, oí un silbido y algo grande me empujó. Me asusté, pero no pude recordar nada más. Mi padre me

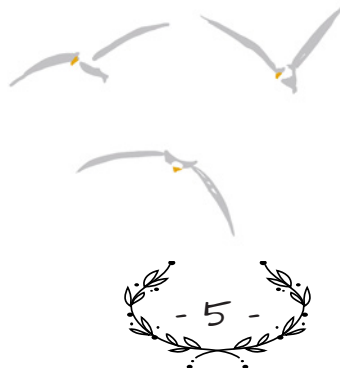


encontró enganchada en las redes. Él no sabe que un monstruo estuvo a punto de comerme.

Mi padre, en mitad de unas enormes carcajadas, me contó una historia de un pueblo que vivía en el Mediterráneo. Sus navegantes pintaban dos ojos enormes en la proa, para ser ellos lo que asustaran a los monstruos marinos, y desde entonces, nunca más se encontraron con ninguno. El también había pintado unos grandes ojos en su barco de pesca, había insertado unas barandillas más altas, y además, puso un viejo mascarón con cara de dragón, para ahuyentar a cualquier gigante que se asomara entre las olas.

Aquella historia junto con todo lo que había hecho mi padre para darme confianza, me obligó a darme por vencida, y madrugar al día siguiente para su gran satisfacción.

Era todavía de noche cuando subimos a bordo de Goliat, el nombre de su barco arrastrero. No pude



ver los cambios que me había prometido, pero no desconfiaba de la palabra de mi padre. Estaba tan contento de llevarme con él que casi se olvida de esperar a Joan, su compañero de faena.

Cuando ya estábamos todos, partimos bajo unas pequeñas nubes que pronto se disiparían con la luz del sol. Llegamos al caladero que habían elegido según la información que recibían del ecosonda, para lanzar la red de arrastre. Todo transcurría con normalidad, hasta que comenzaron a izar las redes, y vieron un delfín enganchado en ellas. Me pareció tan grande que di un traspiés y caí hacia la misma red, topándome de cara con él. Tenía un hocico largo con una boca que me sonreía, su piel era gomosa y lisa, muy suave, y sus ojos parecían que me miraban con simpatía. Hasta creí ver unos ojos conocidos. Mi padre me hizo retroceder para cortar con la navaja de redero el hilo que le estaba mutilando el hocico, y al tiempo lo tenía inmovilizado. Mi padre me explico que el delfín estaba algo aturdido porque al quedarse enganchado en la red era posible que no hubiera podido salir a respirar, pero tampoco podía sobrevivir si se quedaba fuera del agua por más de unas horas. Todos hicimos lo posible para



que el delfín regresara a su medio natural, y lo conseguimos. El delfín estaba aturdido, pero nos seguía de vuelta a casa.

En el puerto cerca del muelle nos acercamos a la lonja para pesar el pescado, y curiosamente, nuestro delfín todavía nadaba cerca de nuestro barco.

Todos permanecían atentos a la cantinela del subastador, así que aproveche para acercarme a ver al delfín. Me puse de cuclillas para acariciarle la cabeza y como no, otra vez, en un tris tras, terminé en el agua. Mientras me hundía, un silbido conocido llegó a mis oídos y un empujón hacia la superficie hizo que recordara aquel momento tan traumático de mi infancia.

¡No era un monstruo lo que me quiso devorar, era el delfín que me salvó!

Como ya sabía nadar, me agarré a su lomo para abrazarle como símbolo de amistad, le puse un nombre, "Suerte". Desde ese momento sabía que nada nos separaría.

Cuando se terminó la subasta de pescado, le pedí a mi padre ser su marinera para aprender a ser





patrona de barco. Quería salir todos los días que pudiera con él para estar cerca de Suerte.

Nos hicimos grandes amigos, ya que el día que marcó nuestra amistad, también selló su pérdida familiar. Los delfines siempre van en grupo, y se comunican entre ellos, cuando alguno se extravía, pero en aquella ocasión Suerte no pudo seguirles, ni tampoco avisarles. Es posible que no le buscaran pensando en un fatal destino, así que yo era su única familia.

Durante años hubo otras ocasiones en las que nos ayudamos mutuamente. Un día que estaba en el mar jugando con él, vi que me empujó con fuerza arrastrándome hacia la escalerilla del barco. Al principio me molestó, porque Suerte no solía actuar de forma tan violenta, pero cuando alcancé la cubierta pude ver una tintorera, bastante grande para ser un tiburón azul. No suelen atacar, pero mejor no comprobarlo.



Yo también, tuve mi oportunidad de salvarle de nuevo, cuando debido a la basura que flota y viaja con las corrientes marinas, Suerte se empezó a asfixiar por ingerir un plástico que vagaba con los peces enredados. Desde ese día, me dedicó no sólo a la pesca sino a limpiar el fondo marino, y también, enseñó a grupos de turistas, el mal que provoca el plástico, y sobre todo, el desprenderse de él por medio del mar.

Os cuento todo esto porque ya tengo 95 años y todavía sigo saliendo al mar. Suerte resultó ser hembra y tuvo hijos que heredaron nuestra amistad. Ahora recorren, como una estela en el mar, un grupo numeroso de delfines, que me acompañan cada aurora del día. Tengo mi propio barco bautizado con el nombre de Suerte, con ojos grandes al frente pero no para atemorizar sino para que los delfines me reconozcan por mi amor a ellos.

Al despedir al sol en mi barco siempre me acuerdo de algo que me dijo mi padre:

“La vida empieza donde termina el miedo”

FIN

